



Columna

Dra. Mónica Bravo Sanzana,
Observatorio de Ciudadanía, Convivencia y
Bienestar Educativo (OCCBE) Ufro



Prevenir la violencia desde el bienestar...

Durante marzo y abril el debate público se centró en medidas de seguridad para enfrentar la violencia escolar: detectores de metales, revisiones de mochilas, mayor control en los accesos. Estas respuestas, comprensibles desde la urgencia, corren el riesgo de profundizar un problema ya advertido en columnas anteriores: simplificar un fenómeno complejo y, con ello, tomar decisiones de bajo impacto estructural.

La evidencia comparada muestra que estas medidas tienen, en el mejor de los casos, un efecto acotado. Su objetivo es impedir el ingreso de armas y aumentar la percepción de seguridad, pero no abordan las causas que originan la violencia.

La gestión del control actúa sobre eventos, la medición permite gestionar procesos.

Más aún, pueden generar efectos no deseados: estigmatización, “prisonalización” del espacio escolar y una falsa sensación de control. Es decir, intervienen en el síntoma visible, pero no en el proceso que lo produce.

Y aquí es donde resulta imprescindible retomar el enfoque que ha guiado esta reflexión: la violencia escolar no es un evento aislado, ni un problema exclusivamente individual o disciplinario. Es un fenómeno ecológico y sistémico. Tal como se ha planteado, la violencia emerge de la interacción entre múltiples niveles: las trayectorias individuales, las relaciones en el aula, los vínculos familia-escuela, las condiciones institucionales y el contexto social más amplio.

Desde esta perspectiva, insistir únicamente en dispositivos de control equivale a intervenir en el último eslabón de una cadena larga y acumulativa. La violencia grave –como se ha señalado– no nace el día en que ocurre: ese día estalla y se mediatiza. Por lo tanto, si queremos prevenirla, el foco debe desplazarse hacia las condiciones que la anteceden.

La evidencia científica internacional es consistente en este punto. Los programas de aprendizaje socioemocional y las estrategias de apoyo conductual positivo han mostrado reducciones significativas en conductas agresivas, junto con mejoras en el clima escolar y el bienestar estudiantil. No se trata de intervenciones accesorias, sino de estrategias centrales y sistemáticas (no actividades puntuales asociadas a hitos administrativos) en sistemas educativos que han logrado avances sostenidos.

Pero estas estrategias tienen una condición clave: requieren gestión. No son acciones aisladas ni respuestas reactivas. Implican planificación, coherencia institucional y, sobre todo, información de calidad.

Aquí emerge un punto crítico que sigue ausente en gran parte del sistema educativo: sin medición sistemática del clima escolar y del bienestar, no hay gestión capaz de anticiparse. Las escuelas, en muchos casos, operan sin datos robustos sobre sus dinámicas internas. Se interviene cuando el conflicto ya es visible, pero no se detectan tempranamente las señales de riesgo: deterioro en las relaciones, debilitamiento del sentido de pertenencia, aumento de la exclusión o de la desregulación emocional. La medición multidimensional y multi-informante permite precisamente anticipar estos procesos, focalizar las intervenciones y evaluar su impacto.

Esto no es un detalle técnico; es una diferencia estructural. Mientras la gestión del control actúa sobre eventos, la medición permite gestionar procesos.

Y aquí el rol de los adultos de la escuela, especialmente del equipo directivo que toma las decisiones es, en este punto, insustituible. De acuerdo con la evidencia científica, el clima escolar y bienestar no es espontáneo: es el resultado de decisiones institucionales y prácticas pedagógicas. Cuando estas fallan, el sistema pierde capacidad preventiva y se vuelve reactivo, lo que ya conocemos y vivimos.